

MIQUEL DOLÇ

ESCOLIOS A NUESTRA CRÓNICA.  
INCONFORTABLE ACTITUD DE JOAN FUSTER

Creo que a menudo Joan Fuster, con las piruetas de su pensamiento y los tonos diabólicamente cambiantes de su expresión, resulta uno de los escritores menos confortables, aunque parezca lo contrario, para la comprensión y la adherencia. En los momentos más serios diríase que loquea, como suele loquear febrero, y se descuelga con una ocurrencia –una simple palabra le basta– que te deja de golpe sin ganas de reaccionar. No conozco otra postura que, con su atuendo desorientador, haya dado lugar a broncas más desenfundadas, en las que han llegado a intervenir vecinos y autoridades, ante el asombro, por supuesto, del mismo escritor, vacunado contra tales iras.

¿Exceso de ingenio natural, por su parte, o deliberado afán de decir las cosas por su nombre, a contrapelo de la moda? Ninguno de los dos supuestos debe ser descartado; y aún cabría añadir otra media docena, qué duda cabe. Demos por sentado, ya que nadie podrá discutirlo, que Joan Fuster es, por su labor fecunda, sólida y amena a un tiempo, uno de los escritores catalanes (catalán de Sueca) más interesantes de nuestro tiempo y más incapacitados para provocar la indiferencia. No nos permite el reposo, ni siquiera el *otium* del buen romano de la República. Estábamos aún analizando con cierta sorpresa sus *Heretgies, revoltes i sermons* (Barcelona, Editorial Selecta) cuando nos ha llegado, casi sacándonos de toda órbita normal, el segundo volumen de sus *Obres completes*, que comprende el *Diari 1952-1960* (Barcelona, Edicions 62).

He aquí, aunadas por un azar cronológico, dos obras sintomáticas en la desconcertante variedad que caracteriza la producción de Joan Fuster. No vamos ahora a descubrir cada una de sus laderas. Bástenos con aplicar la lente de la observación a la doble faceta que los dos libros iluminan: la del ensayo típicamente, aunque no rigurosamente, científico, en *Heretgies, revoltes i sermons*; y la del libre discurso de la mente por las sendas del comentario, el malabarismo mental o la escueta máxima, en *Diari 1952-1960*. Ninguna de las dos tendencias nos era, en verdad, desconocida; forman, por el contrario, las dos minas o veneros esenciales del quehacer intelectual de Joan Fuster.

Tendríamos suficiente con recordar, por lo que afecta a su labor ensayística, el primer volumen de dichas *Obres completes*, inaugurado hace dos años con estudios sobre «Llengua, literatura, història», a los que dedicamos una nota desde estas mismas columnas. No es este aspecto, casi inserto en el ámbito de la erudición pura, un factor accesorio, ficticio o tímido en la alta empresa múltiple afrontada por Joan Fuster; y menos aún, un cuerpo extraño que intenta fijar en sus libros, o una versión, de segunda mano, de hechos y noticias que a todos preocupan. De la pureza del género tenemos una nueva muestra en *Heretgies, revoltes i sermons*, que Joan Fuster ha explicado a través de un subtítulo transparente: *Tres assaigs d'història cultural*. ¿Qué les falta, para ser exactamente unos estudios históricos, rigor técnico y les sobra libertad en la expresión? El defecto y el exceso obedecen a un programa, son deliberados. Lo

confiesa el mismo escritor. Y no, claro está, para curarse en salud o defenderse de invisibles lanzas: es su manera de ser, y nadie puede tirarle la primera piedra. Trata, simplemente, de ensayar. Y el «ensayo» tiene, como privilegios reconocidos, el desenfado en el uso de los datos y insolencia, más o menos disfrazada, en las formulaciones.

Debemos movernos por los mismos vericuetos, pese a los peligros de fraude que esconden, de su fraseología. De otro modo, en buen lenguaje, no nos entenderíamos. Pero, ojo. No vayamos a confundir su postura con el intrusismo o la superficialidad. Sabe de sobras Joan Fuster que en *Heretgies, revoltes i sermons* ha puesto sus ojos escrutadores, a veces crueles, sobre temas que han carecido, hasta hoy, del examen – incluso del sondeo– científico que merecen. Aunque no muy explícitos en sí mismos, los títulos de sus tres ensayos de historia cultural pueden ya orientar al lector despistado: «Entre la gramàtica i la fe», «De les Germanies i els agermanats», «Notes (informals) sobre sermons». Bajo tales epígrafes se oculta y bulle una ilimitada mesa revuelta: figuras o espectros del erasmismo en nuestro país, desbarajuste lingüístico y cultural desencadenado durante la Decadencia, atractivos ideológicos provocados por los movimientos de rebelión popular, castellanización operada durante tres siglos desde el púlpito y el escenario.

Por el hecho de hacer frente a un paisaje histórico todavía lleno de manchas y lagunas, y por ello muy incitador de su curiosidad, Joan Fuster sólo aspira a plantear problemas, sugerir conjeturas y avanzar hipótesis. Cada uno de aquellos fenómenos, y cada una de sus derivaciones, deberán ser objeto de profundos estudios. Joan Fuster no podía despertar con más agudeza y pasión su interés. Si tal es el puesto del libro *Heretgies, revoltes i sermons* en la realidad, si posee tal valor para cambiar el sentido de la investigación o la dirección de la vida, no se le puede pedir más. En realidad, se basa en esta exigencia toda la tarea del escritor: en la difusa, y a menudo inspirada o descarada, meditación sobre el hombre frente al pasado y al presente. Su *Diari 1952-1960* no se sale, obviamente, de esta esfera: le da sólo una nueva tónica, más jovial, de palabras y cosas, un pulso menos tenso y febril, un brío capaz de sacudir todo letargo y hacer estallar las piedras.

Ocho años de anotaciones en un hombre como Joan Fuster, sensible el menor movimiento y al más lejano rumor, tanto al andar por la calle como al platicar en la cervecería o subir al tren, pueden dar mucho de sí, hasta un límite de saturación. Aun reduciéndolas a líneas temáticas, con las inevitables podas o supresiones, plasman en el fondo un ideario o un programa, quizá sin orden y sin ritmo, pero por ello mismo más directo, vibrante y constantemente renovado. No es de extrañar que, como puntualiza el mismo escritor, una buena parte de su labor impresa en periódicos o libros proceda de este bloque de manuscritos. Quedará siempre, sin embargo, en esta cadena de fechas escrupulosamente señaladas, un depósito no aprovechado, un amplio esbozo de intimidades y confidencias, donde no falte la *boutade*, la puya, el arrebató incoherente, el golpe genial, la pérdida de estribos. Joan Fuster es un maestro en estas minucias del género. No hace falta, por ello, insistir en la importancia y repercusión de su *Diari 1952-1960*.

Que nadie, pese a todo, se llame a engaño. Aunque Joan Fuster, con un nuevo rasgo de humor, lo insinúe, no nos hallamos sólo ante una literatura «en mangas de camisa». Ya antes de la aparición del presente volumen (que se aproxima a las quinientas páginas), conocíamos parte de sus textos, reunidos en los dos libros precedentes *Figures de temps e Indagacions possibles*, o anticipos de un seguro nuevo volumen, recogidos en *Causarse d'esperar* (notas posteriores a 1960). El contenido de aquellas primicias, que equivaldrán a un tercio del material ahora ordenado, no daba pie a equívocos. El pensamiento o la divagación de Joan Fuster se extiende –excepción hecha, hoy por hoy, de la política– sobre los sectores más serios, hasta conflictivos, del mundo literario y cultural del que somos parte.

Incluso, en muchas ocasiones, con una tenacidad y un rigor de laboratorio. De aquí, las «addicions» con que a menudo ilustra sus notas, poniéndolas al día o dándoles nuevas alas. ¿Un ejemplo? Baste citar –y me apresuro a disculparme por descender al terreno personal– sus lucubraciones acerca de la literatura «més expertament nefanda» y de la presunta repugnancia de una famosa editorial barcelonesa hacia ella. Narra a propósito con su ingénito garbo la pequeña historia de mi edición de Marcial en la «Bernat Metge», con la drástica omisión de los epigramas «obscenos» en el texto catalán. Por supuesto, como él mismo recuerda, mi versión no tenía huecos ni puntos suspensivos. Pero lo que ignora es que el verdadero censor, singularmente encarnizado con las piezas de fondo homosexual –lo supe años más tarde–, había sido precisamente aquel mismo «intel·lectual rigorós, impàvid, d'un liberalisme puntual», que un descendiente suyo, tan impávido como él, ha motejado de «fascista». ¡Vivir para ver! Dicho sea con perdón (y con tristeza).

Sólo a través de este ejemplo se podrá comprender el empeño con que Joan Fuster quiere llegar al esclarecimiento de los hechos y a la total visión de la crónica contemporánea. He aquí el gran valor de su *Diari 1952-1960*. Si un día se decide alguien a confeccionar los índices de personas y lugares mencionados en el *Diari*, se obtendrá, sólo con este resultado, una impresión de verdadero asombro; y, de paso, una ayuda eficaz y originalísima para el investigador de nuestro carácter, nuestra historia y nuestras posibilidades.

[*La Vanguardia*, 3 setembre 1970, p. 10]